

palabras y ejemplos de los padres á los que pretenden que no se debe escomulgar á los Príncipes. Alega la conducta de San Ambrosio con el Emperador Teodosio ; cita algunos pasages de San Pablo , en que solo se trata de la escomunión , y copia algunas palabras de San Gregorio el Grande , tomadas de un privilegio otorgado á una casa de caridad , en que además de la escomunión de los señores que le violasen les amenaza con la privación de sus dignidades. Pero reputaban generalmente esta segunda pena como consecuencia de la primera , y á nadie le ocurrió esponer entonces , como lo verificaron despues algunos críticos profundos , que estas últimas palabras habian sido añadidas al testo , ó que á lo menos venian á ser una fórmula de maldición. Tambien cita Gregorio VII una carta de San Clemente á Santiago , en que introduce á San Pedro hablando contra los que no se portan bien con su obispo ; pero solo se trata de escomunión en este escrito , que á mas está tenido por apócrifo , y es del número de aquellas decretales que acumuladas sin discernimiento por Mercator y otros autores de la misma nota , produjeron el tenebroso caos en que por tantos siglos estuvo envuelto el derecho antiguo , y que dió tanto trabajo á los canonistas mas sabios para llegar á desvanecerle.

No es mas fundado que su crítica el discurso de Gregorio VII á favor de sus pretensiones. Porque la santa Sede recibió de Dios la potestad de juzgar las cosas espirituales , infiere en la misma carta á Herman que con mucha mayor razon deben estar su-

jetas á su autoridad las cosas temporales. Para confirmar esta consecuencia cae en un nuevo extravío , determinando la superioridad de la potestad de los obispos sobre la de los Reyes , sin distinguir que la potestad temporal y la espiritual son diferentes ; y osa achacar por lo comun la institucion de la dignidad real al orgullo humano , de donde se deduce , no solo que no se necesitarian en el mundo otros Soberanos que los obispos , sino tambien que no procediendo de Dios la soberanía de la potestad temporal , deberia esforzarse la Religion á destruirla contra la doctrina de San Pablo.

22. Abandonaron , sin adoptar todas estas consecuencias , el partido del Rey muchos obispos y señores. Enviaron otros diputados al Papa para pedirle que les impusiese penitencia , y hubo prelados que fueron descalzos á Roma con el mismo objeto. Todos huían de tener la menor comunicacion con el Príncipe y con sus confidentes y ministros. Recibia el Papa á los peregrinos con los brazos abiertos , y enviaba cartas consolatorias á los demás penitentes. Encolerizados Enrique y sus partidarios , se valieron de las amenazas y de la violencia , pero sin ningun efecto. Crecia de dia en dia el número de los que le abandonaban ; de suerte que fue necesario recurrir á la suavidad , y tratar de defenderse con razones. Los pocos que permanecian adictos al Rey , publicaron que se les habia condenado sin haberlos convencido , y aun sin haberlos citado canónicamente : que el respeto de la Religion y de la autoridad pontificia no

era mas que un pretexto para destruir el poder del Rey: que los que le empleaban habian conspirado mucho tiempo antes contra el estado; y que el Príncipe, segun el Apóstol, habia recibido la espada para castigar á los malos y conservar la dignidad que le habia concedido el mismo Dios. Cuando los partidarios de Enrique hacian de este modo su apología, violentaba el Príncipe su carácter, contemporizaba lo mejor que sabia con las circunstancias, y procuraba atraer á los grandes y demás personas principales con una afabilidad y una moderacion afectada.

23. El mísero estado á que quedaba reducida la iglesia de África, contribuyó algun tanto á calmar estas turbulencias. A todo atendia la solicitud inmensa de Gregorio; y descubrió que el arzobispo de Cartago no podia reunir tres obispos en todo el pais que correspondia á su jurisdiccion para ordenar otro. Ocupaba entonces esta silla Ciríaco, prelado virtuoso é intrépido, que habia preferido el esponerse á la indignacion cruel del Rey musulman, antes que violar las leyes canónicas. El Papa le escribió que eligiese un sugeto digno del episcopado y le enviase á Roma para que ordenado allí pudiesen ordenarse otros en África cuando se restituyese á aquel pais (1). Tambien ordenó Gregorio al presbítero Servando para el arzobispado de Hipona ó Hipa, ciudad de Mauritania, y por consiguiente distinta de la Hipona de San Agustin situada en Numidia. Se lo habian suplicado así el pueblo y el clero de aquella iglesia, y aun el

(1) *Lib. 3. Epist. 19.*

Rey de Mauritania, llamado Ancir, que no obstante ser musulman envió regalos al Papa, y algunos esclavos cristianos á quienes habia puesto en libertad. El Papa le dió gracias en una carta muy atenta (1), en la que trata con mucha estension del conocimiento del verdadero Dios, comun á los musulmanes y á los cristianos. Exhortó al propio tiempo á los fieles de Hipa á vivir con tal edificacion que pudiesen adquirir enteramente para Dios aquellas tribus de sarracenos, mucho mejor dispuestas que las demás (2).

24. A pesar del estado de abatimiento en que yacia la fe cristiana en África, consiguió allí un triunfo muy brillante de unos enemigos aun mas obstinados que los musulmanes (3). Samuel, distinguido por unos talentos raros entre los judíos de Marruecos, no solo abrazó el cristianismo, sino que compuso un tratado de controversia á fin de disipar los errores de sus hermanos. De la opresion que padecian entonces en estremo mas dura y mas larga que la cautividad de Babilonia, y que tenia todos los caracteres de la desolacion irremediable anunciada por Daniel, infiere desde luego en general que habian cometido algun delito mayor que la idolatría de sus padres, y despues aplica á la muerte de Jesus las diferentes circunstancias de aquella profecía, que refiere á la muerte del Mesias la destruccion de Jérusalen y la abolicion de los sacrificios judáicos. Segun el modo de

(1) *Ibid. Epist. 20.* (2) *Ibid. Ep. 21.* (3) *Bibl. Patr. tom. 4 pag. 251.*

esplicarse de Daniel, vemos que los judíos no habían inventado aun las interpretaciones frívolas que dieron despues á la profecía de Daniel. „Yo no hallo, dice, ningun efugio para esta profecía, cumplida mas de mil años ha por la mano de Tito.” Contra las preocupaciones mas antiguas de los que no veían en los divinos oráculos mas que un libertador triunfante, distingue Samuel las dos venidas del Mesías, la primera con humildad, y la segunda rodeado de gloria; y prueba sólidamente una y otra por los profetas. En fin, emplea contra los judíos y contra los musulmanes con quienes vivia, todo lo que se leía entonces favorable á Jesucristo en el alcoran y en sus comentarios; de donde deducimos que los sarracenos reconocian á Jesus por el libertador prometido: que le atribuían el don de milagros, la potestad de curar todas las enfermedades, de lanzar los demonios, y de resucitar los muertos; y que le reconocian tambien por el Verbo de Dios.

25. Entretanto las condescendencias forzadas del Rey Enrique no habían podido disipar la tormenta que se formaba contra él (1). Reuniéronse en Ulm los duques de Suavia, Baviera y Carintia, y los obispos de Worms y Wirsburgo con algunos otros señores, para tratar de los medios de refrenar los males del imperio y de la Iglesia. Señalaron para el dia 16 de Octubre del año 1076 una asamblea nacional: convidaron á ella á todos los señores, así de sus propios estados, como de Sajonia, Franconia y Lorena, y

(1) *Lamb. pag. 243. et seq.*

les pidieron en nombre de Dios que dejasen sus asuntos particulares por la salud pública. En una palabra, la convocacion se hizo de un modo tan propio para mover los ánimos, ó para descubrir sus ocultas disposiciones, que las personas que hasta entonces se habían mostrado mas adictas al Rey Enrique, sin exceptuar al arzobispo de Maguncia, se separaron de su Soberano, compitiendo en cierto modo con los primeros que se habían sublevado.

Concurrieron en el dia señalado de toda Alemania á Tribur, con la resolucion de deponer al Rey Enrique, y de elegir otro en su lugar. Asistieron tambien dos legados de la santa Sede, Sigehardo, patriarca de Aquilea, y Altmano, obispo de Passau. Tenia este mucha reputacion de virtud, y en efecto llevaba una vida del todo apostólica: lo que no bastó para impedir que le arrojase el Rey de su diócesis con mano armada. Refugióse á Roma, espuso al Papa Gregorio lo ocurrido, y renunció su silla en manos del Pontífice, porque tenia escrúpulo de haber recibido la investidura de un lego. Obligóle el Papa, á pesar de la mucha resistencia que opuso, no solo á admitir el obispado, sino tambien á volver á Alemania en calidad de legado apostólico. Acompañáronle algunos legos piadosos, que eran antes poderosos señores, y estaban á la sazón reducidos á la vida privada por un espíritu de humildad y de abnegacion. Llevaban el encargo de declarar á todo el mundo de parte del Papa que el Rey Enrique había sido escomulgado por justas causas, y de ofrecer el consentimiento

to y la intervencion de la autoridad del Papa para la eleccion de otro Rey.

Emplearon en la asamblea siete dias enteros en deliberaciones y exámenes. Se hizo presente toda la vida del Rey Enrique, los vergonzosos delitos con que habia manchado los primeros años de su juventud, y las injusticias que habia cometido en perjuicio del estado y de los particulares. Manifestaron que habia despojado á los señores para elevar á las primeras dignidades á unos hombres de humilde nacimiento, por cuyo medio se proponia destruir la nobleza: que dejando en paz á los bárbaros y á los infieles, habia vuelto sus armas contra sus propios vasallos, ocasionando turbulencias y terribles estragos en el reino que habian dejado sus padres en un estado muy floreciente. Arruinadas las iglesias y monasterios, y empleadas las rentas de los altares en edificar fortalezas, no para la seguridad del pais, sino para esclavizar á una nacion libre; no habia ya en ninguna parte apoyo para los menesterosos, refugio contra la violencia y la perfidia, respeto á las leyes, honestidad en las costumbres, dignidad en el imperio, ni autoridad en la iglesia por causa de los excesos y caprichos de un solo hombre. De este violento preámbulo se inferia la consecuencia de que el único remedio para tantos males, y el preservativo necesario para evitar la última calamidad, era elegir cuanto antes otro Rey, capaz de dar la firmeza conveniente á un estado que estaba próximo á disolverse.

26. Mientras deliberaban de este modo en Tribur, el Rey de cuya suerte se trataba, y que se hallaba á la sazón en Oppenheim, ciudad situada un poco mas arriba al lado de acá del Rhin, enviaba con frecuencia diputados con el encargo de hacer las promesas mas brillantes, y ofreció que abandonaria á los grandes el gobierno del reino, con tal que le dejasen á él el nombre y las insignias de la dignidad real. Pero le contestaron que no podian tener ninguna seguridad en sus ofertas, pues los habia engañado tantas veces con sus frecuentes perjuros: que habiéndolos absuelto el Sumo Pontífice de los juramentos que le habian prestado, querian aprovecharse de una ocasión tan favorable para elegir un Rey bueno, y que en conciencia no podian comunicar con él despues que habia sido escomulgado. Dispusiéronse al punto á pasar el Rhin para acometer al Rey: pero vacilando los mas osados á vista de la enormidad del atentado en el momento de consumarle, le declararon que querian referirse todavía al juicio del Papa: que verian si podian inclinarse á que pasase á Augsburgo para la fiesta de la Purificacion: que despues de oír á las dos partes en presencia de todos los grandes del reino, condenaria á Enrique, ó le enviaria absuelto: y que si por culpa suya no ponía los medios para que se le absolviese antes de cumplir el año de su escomunión, quedaria privado del reino sin ninguna esperanza de volver á poseerle. En caso de que aceptase estas proposiciones, pedian para seguridad de su buena fe que alejase de sí á todos los

escomulgados, y retirase la guarnicion que habia puesto en Worms.

Juzgando Enrique por gran felicidad el libertarse de una desgracia completa, aceptó estas condiciones vergonzosas, y se retiró á Spira, donde vivió algun tiempo segun se le habia prescrito. Volvieron los señores triunfantes á sus casas despues de haber enviado diputados al Papa, así para instruirle de lo que habia ocurrido, como para suplicarle que no faltase de Augsburgo en el dia señalado. Pero el Rey juzgó que no era seguro esperar la llegada de aquel juez severo, á quien no dejarian de exasperar mas y mas los muchos acusadores que se presentarian á declarar contra él: y lo que mas temia era el que espirase el término indicado para quedar absuelto. Resolvióse por tanto á presentarse al Papa en Italia, y á procurar obtener su absolucion á cualquier precio que fuese. Púsose en camino pocos dias antes de Navidad del año 1076 con su muger y su hijo, el cual era muy niño, abandonado de toda la nobleza, excepto un solo aleman de distincion, y sin haber hallado ningun auxilio en las demás clases del estado; teniendo además que dar un largo rodeo, porque los duques de Baviera y Carintia habian puesto guardas en todos los pasos de los montes que separan la Alemania y la Italia. Encaminóse pues por Bogoña, cuyo duque, llamado Guillelmo, era tio de su madre, y desde allí entró en Saboya, donde el conde Amadeo, aunque era cuñado suyo, no quiso concederle el paso sino mediante la cesion de una provincia. Padeció

infinito en la travesía de los Alpes, á causa del rigor de aquel invierno, que fue tan largo y cruel, que estuvo helado el Rhin desde el dia de San Martin hasta el mes de Abril. Ni la abundancia de las nieves en que se esponia á quedar sepultado, ni los helados declives de las horribles cimas que á cada paso le ofrecian un precipicio fueron capaces de detenerle; y parecia que todo su temor estaba cifrado en el riesgo de que pasase el término que le habian fijado sus vasallos para obtener la absolucion.

Sin embargo, los obispos y señores de Lombardia fueron á buscarle como á competencia, luego que supieron que estaba en Italia, adonde no habian cesado de convidarle desde el principio de su reinado. Vióse en pocos dias al frente de un ejército formidable. Habia corrido la voz de que irritado el Rey contra el Papa iba con ánimo de deponerle; y los lombardos escomulgados se aprovechaban de aquella ocasion, así para vengarse de Gregorio, como para perpetuar el libertinage por el que incurrieron en la escomunion. Pero Enrique quería absolutamente quedar absuelto antes del término, cuya proximidad le estremecia.

27. Se habia ya el Papa puesto en camino para ir á la asamblea de Augsburgo, y le acompañaba la condesa Matilde con un séquito y fuerzas respetables. Era Matilde señora de una parte muy principal de Italia; á saber, de la Toscana, del pais de Luca, de Parma, de Reggio y de Mántua. Habiendo quedado viuda á los treinta años de edad de Godofredo el Jo-